

Lámbarry, Alejandro. *Jorge Ibargüengoitia: un escritor entre ruinas*. Universidad de Guanajuato, 2023. 154 pp. ISBN: 9786074419177.

Reviewed by

Luis Miguel Estrada Orozco¹

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Una imagen para resumir a *un* Jorge Ibargüengoitia: en 1958, el escritor nacido en Guanajuato (en el Bajío mexicano) en 1928 ha vuelto a México luego de un periodo en Estados Unidos. Antes de conseguir notables éxitos como novelista, su trabajo como dramaturgo lo había hecho ya beneficiario de una beca Rockefeller, que le permitió una estancia en Nueva York, y una *Junior Artist in Residence*, con la que pasó una temporada en Standford. Antes de ello, ya había recibido dos periodos de la beca del Centro Mexicano de Escritores (apoyo con el cual Juan Rulfo escribió su *Pedro Páramo*) y había estrechado su relación con el dramaturgo mexicano más importante de su momento: Rodolfo Usigli. A su vuelta al país, Jorge Ibargüengoitia vende la hacienda familiar que ha heredado en la provincia, compra un terreno y pide una hipoteca para iniciar la construcción de una casa al sur de la Ciudad de México, en Coyoacán. El movimiento que corona este periodo en que el hijo de la oligarquía guanajuatense (en quien su madre y su tía sentaban sus esperanzas de reconstruir la riqueza familiar) quema las naves y decide apostar todo por la literatura, es la compra de un “Libro de ingresos y egresos” del Sistema Rocca de contabilidad: uno de esos materiales, como lo afirma su portadilla, que “pueden obtenerse en todas las papelerías del país”. Sin embargo, las tensiones comienzan, su teatro no se representa y las entradas de dinero comienzan a escasear. Entre 1958 y 1959, abundan los meses en que Ibargüengoitia, que se empeña en vivir de la escritura contra toda expectativa, anota: “Sin ingresos”. Pero eso no lo detiene.

Alejandro Lámbarry, narrador y académico mexicano, ha escrito en *Jorge Ibargüengoitia: un escritor entre ruinas*, una biografía “literaria” en varios sentidos: ha elegido a un autor de una estética compleja y revalorada y ha elegido contarlo usando con sutileza el arsenal de un narrador completo. En principio, como señala Manuel Alberca en su reseña del 1 de julio de 2023 en *Cuadernos Americanos*, Ibargüengoitia es uno de esos autores “secretos” que, como Augusto Monterroso (de quien Lámbarry también ha escrito una biografía), pertenecen a los márgenes, a las estéticas diferentes. Por otro lado, la biografía

¹ Material de divulgación apoyado por el CONAHCYT de México.

que Lámbarry ha construido también es literaria en el sentido afín al que Ivan Jablonka apuesta por la escritura en *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Para el historiador francés, “Conciliar ciencias sociales y creación literaria es intentar de escribir de una manera más libre, más justa, más original, más reflexiva, no para relajar la cientificidad de la investigación, sino, al contrario, para fortalecerla” (11). Así, Lámbarry sostiene su biografía en el archivo (en particular, por el archivo personal del escritor en la Universidad de Princeton, que incluye borradores, cartas y libros de contabilidad, entre otros materiales), pero también en la entrevista, la indagación hemerográfica y esa forma en que el discurso y el personaje biografiado emergen: la organización y las decisiones narrativas. En *Un escritor entre ruinas*, la anécdota, la cita de periódico, las prolepsis, los largos regresos y las imágenes insertas de materiales originales, entre otros recursos, arman a *un* escritor. Igualmente, este escritor está construido por la selección de dos *leitmotiv* que conducen la obra y nos presentan dinámicamente al hombre privado y al personaje público: la búsqueda de la independencia económica a través de la literatura y la tozudez de una obra que probará ser adelantada a su tiempo ante una crítica mexicana que en sus circuitos más conservadores llevaba décadas de retraso.

Para conseguir todo esto, Alejandro Lámbarry nos presenta el trayecto vital de Ibargüengoitia en una sucesión cronológica de aparente simplicidad, que incluye ciertos giros dignos de mención. El capítulo inicial, *Burros cargados de plata* (1669-1951), arma una imagen de los antecedentes de la familia Ibargüengoitia Antillón en el estado de Guanajuato que lleva al lector hasta sus antecedentes coloniales y la angustia de la familia de abolengo empobrecida tras la Revolución. En el siguiente capítulo *¡Te vas a morir de hambre!* (1951-1954) acudimos a los problemas que enfrenta el “hijo de la oligarquía guanajuatense” tras apostar por la literatura. Entre ellos, los que resultan por hacer crítica feroz en un medio intelectual poco acostumbrado a la confrontación y la ironía.

Sorprendido por Joy (1964-1974) destaca las primeras interacciones y su matrimonio con la pintora de origen inglés, Joy Laville. Como comentaba arriba, destaca la relevancia que se le otorga a su vida privada, en este caso, a su relación de pareja. Se trata de dos artistas excepcionales cuya creación se retroalimenta: entre ambos generan un espacio (móvil, pues viajan y se mudan entre ciudades constantemente) de trabajo y creatividad, además de apoyarse mutuamente en aspectos económicos y laborales (él dándole difusión y aportando contactos en un inicio; ella, con las portadas de sus libros). Se trata de un capítulo que establece en su relación de pareja una línea que se cerrará en el capítulo final, *Una cajita de galletas* (1983-2018). Este opera como una suerte de epílogo luctuoso de esta biografía; en éste, se aborda la muerte accidental de Ibargüengoitia, tras su mudanza a París, en un accidente aéreo en Mejorada del Campo, hacia el aeropuerto de Barajas, que también cobró la vida del crítico uruguayo Ángel Rama, entre otros. Además, como es una constante en el libro, en *Sorprendido por Joy* (1964-1974), se encuentra presente la multiplicidad de trabajos y fuentes de ingresos a los que Ibargüengoitia recurrió para continuar escribiendo: becas, estancias, premios, clases, traducción, columnas en periódicos: algunas de éstas, ocupaciones que desaparecen de las biografías cuando a los

héroes se les borran sus tanteos. Su presencia constante, por otro lado, hace notar que el oficio de la escritura es un oficio complejo precisamente porque se forma del trabajo artístico, pero también de todo lo demás. Ibargüengoitia, una y otra vez, utiliza estos medios laborales como formas para explorar, discutir y trabajar sus intereses creativos.

Por su parte, los capítulos *Crítica y constipación; Un chingón (1974-1983)*, y *Crítica y digestión*, muestran las complicaciones de la recepción de una obra narrativa que, en su momento, era inusual dados los recursos de humor, parodia, autoficción e ironía, entre otros, que utilizaba. En este punto, destaca que se trate de una obra que en su momento fue criticada por su aparente ligereza, por parecerse demasiado a la literatura comercial, o por no responder adecuadamente a ciertas agendas políticas. Jorge Ibargüengoitia recibió dos veces el Premio Casa de las Américas, con jurados como Italo Calvino avalando su obra, y participó del programa de escritores de Iowa, además de las estancias estadounidenses discutidas y de las becas del Centro Mexicano. Fue un autor, también, que tuvo que tocar dos veces a la puerta de Carmen Balcells para ser atendido, pero que formó parte de la nómina de la agente literaria más importante de su momento. Es decir, en el avance de su carrera, las valoraciones de su material vía premios, becas e interacciones en circuitos editoriales validan su obra, pero ciertos modos de leerla en el circuito mexicano de reseñas la descalifican. Lámbarry, aquí, hace un gran trabajo rastreando voces en pro y en contra de materiales como *Los relámpagos de agosto*, novela que parodió la Revolución Mexicana y que fue acreedora al Premio Casa de las Américas en 1964, o *Los pasos de López* (1981), última novela del autor en la que parodió la Independencia mexicana y a sus conspiradores. Lámbarry nos acerca también a libros como *La ley de Herodes* (1967) que precede a ciertas líneas estéticas de la autofiguración del escritor latinoamericano en el siglo XXI, tan en boga ahora, pero en su momento tan alejada de la solemnidad de ejercicios narrativos contemporáneos como el recordado “Nuevos escritores mexicanos del siglo XX presentados por sí mismos”, publicados entre 1966 y 1968. Los textos cortos instan al lector a moverse entre los límites del relato autobiográfico y la parodia de la vida intelectual. En una línea similar se encuentra el libro *Estas ruinas que ves* (1975), que ganara el Premio Internacional de Novela México.

Mención aparte, desde luego, merece de *Las muertas* (1977), novela cuyo éxito llevó la literatura de Ibargüengoitia a un lugar sin precedentes. Como nos presenta Lámbarry, también llevó a su vida personal a un sitio de estabilidad largamente anhelado. A pesar de que su publicación y recepción críticas son exploradas en *Un chingón (1974-1983)*, el tercer capítulo de esta biografía literaria, *El archivo de las muertas* nos presenta extractos del archivo en Princeton donde la novela cobra forma desde la atención que los periódicos prestaron al crimen de las llamadas “Poquianchis”, proxenetas del Bajío mexicano que devinieron en multi-asesinas. A través de fragmentos de cuadernos de apuntes, borradores previos, cartas, reseñas nacionales e internacionales que abarcan un periodo de 1964 a 1983, Lámbarry hace hablar al archivo de un material que le exigió a su autor más de una década de trabajo, pero que también lo recompensó con su libro más exitoso.

Alejandro Lámbarry, así, nos invita a un libro que une el trabajo riguroso de archivo e investigación periodística, con una narrativa que abona a los propósitos críticos del libro: presentar y valorar a una figura clave de la literatura latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX. Los usos paródicos de ciertas formas canónicas (como la novela histórica), pero también la inteligencia en el uso de formas populares (como la novela negra) e incluso formas aún marginales (como la autonarrativa), proveen a la obra de Ibargüengoitia de aristas críticas a visitar. Adicionalmente, su vida como un autor que combina la escritura con las ventajas ofrecidas por sistemas internacionales de fomento al arte, sistema editorial y comercial, así como los medios de ingresos de otros sitios de la institución literaria (columnas, traducción, enseñanza), proveen una vía de análisis para los medios de producción de la literatura que en la segunda mitad del siglo XX generaron obras y dinámicas que aún hablan a nuestra contemporaneidad.